

LAS MEDIAS ROJAS

CUENTO



CUANDO la rapaza entró, cargada con el haz de leña que acababa de merodear en el monte del señor amo, el tío Clodio no levantó la cabeza, entregado a la ocupación de picar un cigarro, sirviéndose, en vez de navaja, de una uña córnea, color de ámbar oscuro, porque la había tostado al fuego de apuradas colillas.

Ildara soltó el peso en tierra y se atusó el cabello, peinado a la moda «de las señoritas» y revuelto por los enganchones de las ramillas que se agarraban a él. Después, con la lentitud de las faenas aldeanas, preparó el fuego, lo prendió, desgarró las berzas, las echó en el pote negro, en compañía de unas patatas mal troceadas y de unas judías asaz secas, de la cosecha anterior, sin remojar. Al cabo de estas operaciones tenía el tío Clodio liado su cigarrillo, y lo chupaba desgarrado, entre, haciendo en los carrillos dos hoyos como sumideros, grises, entre el azuloso de la descuidada barba.

Sin duda la leña estaba húmeda de tanto llover la semana entera, y ardía mal, soltando una humareda acre; pero el labriego no reparaba: al humo, ¡bah! estaba él bien hecho desde niño. Como Ildara se inclinase para soplar y activar la llama, observó el viejo cosa más insólita: algo de color vivo que emergía de las remendadas y encharcadas sayas de la moza... Una pierna robusta, aprisionada en una media roja, de algodón...

—¡Ey! ¡Ildara!

—¡Señor padre!

—¿Qué novedad es esa?

—¿Cuál novedad?

—¿Ahora me gastas medias, como la hirmán del Abade?

Incorporóse la muchacha, y la llama, que empezaba a alzarse, dorada, lamedora de la negra panza del pote, alumbró su

cara redonda, bonita, de facciones pequeñas, de boca apetecible, de pupilas claras, golosas de vivir.

—Gasto medias, gasto medias—repitió sin amilanarse—. Y si las gasto no se las debo a ningún.

—Luego nacen los cuartos en el monte—insistió el tío Clodio con amenazadora sorna.

—¡No nacen...! Vendí al abade unos huevos, que no dirá menos él... Y con eso merqué las medias.

Una luz de ira cruzó por los ojos pequeños, engarzados en duros párpados, bajo cejas hirsutas, del labrador... Saltó del banco donde estaba escarrancado, y agarrando a su hija por los hombros, la zarró brutalmente, arrojándola contra la pared, mientras barbotaba:

—¡Engañosa! ¡Engañosa! ¡Cluecas andan las gallinas, que no ponen!

Ildara, apretando los dientes por no gritar de dolor, se defendía la cara con las manos. Era siempre su temor de mocina guapa y requebrada, que el padre la «mancase», como le había sucedido a la Mariola, su prima, señalada por su propia madre en la frente con el aro de la criba, que le desgarró los tejidos. Y tanto más defendía su belleza, hoy que se acercaba el momento de fundar en ella un sueño de porvenir. Cumplida la mayor edad, libre de la autoridad paterna, la esperaba el barco, en cuyas entrañas tantos de su parroquia y de las parroquias circunvecinas se habían ido hacia la suerte, hacia lo desconocido de los lejanos países donde el oro rueda por las calles y no hay sino bajarse para cogerlo. El padre no quería emigrar, cansado de una vida de labor, indiferente a la esperanza tardía: pues que se quedase él... Ella iría sin falta: ya estaba de acuerdo con el gancho, que le adelantaba los pesos para el viaje, y hasta le había dado cinco de señal, de los cuales habían salido las famosas medias... Y el tío Clodio, ladino, sagaz, adivinador o sabedor, sin dejar de tener acorralada y acosada a la moza, repetía:

GENTE NUEVA



DURANTE los siete lustros de vida periodística conquense que yo cuento, he visto aparecer y desaparecer tantas publicaciones, que con gran dificultad acudirían a mi pluma los tópicos del estadio, de la palestra y de los alientos. Por las muestras, Velasco, que todavía es joven, no se siente cansado y vuelve una vez más a la pelea, al puesto de trabajo. Que Dios le conserve el humor, el buen humor.

Es necesario que otros aficionados a emborronar cuartillas nos sustituyan y carguen con el voluntario empeño. Estos días que parecen de estío, días en que el sol luce todos sus esplendores y el cielo es un cristal bruñido y sin mancha, es legítimo que un leve escepticismo sobre la eficacia de la obra periodística provinciana, se apodere de los fatigados espíritus. ¡Oh, delicia de los campos soleados y feraces! La tierra parece que arde, parece que se funde la superficie besada por la fogosa caricia del sol. Ante el magno espectáculo de la naturaleza en plena concepción ¿qué vale el débil empuje con que soñamos acelerar la marcha del vivir de nuestra región?

Yo ruego al Director de esta revista, que acoja con amabilidad toda producción de los jóvenes ya que este vicio de escribir es como el de fumar, que sólo quiere para apoderarse de los presuntos viciosos, que vayan comenzando. Y así se podrán reemplazar nuestros manidos decires por ingenuos y valientes conceptos impregnados de esperanzas y guiados por la fé, virtudes ¡ay! que el tiempo ha hecho desaparecer de nuestras plumas.

¿Acudirá la juventud a estas aficiones? ¿Están definitivamente reñidos con Minerva y con las musas el fútbol, el charleston y los pantalones «chanchullo»?

El que lo sepa que lo diga.

A. B. P.

—Ya te cansaste de andar descalza de pié y pierna, como las mujeres de hier. ¿eh, condenada? ¿Llevó medias alguna vez tu madre? ¿Peinóse como tú, que siempre estás dale que tienes con el cacho de espejo? Toma, para que te acuerdes...

Y con el cerrado puño hirió primero la cabeza, luego el rostro, apartando las medrosas manecitas, de forma no alterada aún por el trabajo, con que se escudaba Ildara, trémula. El cachete más violento cayó sobre un ojo, y la rapaza vió como un cielo estrellado, miles de puntos brillantes, envueltos en una radiación de intensos colores sobre un negro terciopelo. Luego, el labrador aporreó la nariz, los carrillos. Fué un instante de furor, en que sin escrúpulo la hubiese matado, antes que verla marchar, dejándole a él sólo, viudo, casi imposibilitado de cultivar la tierra que llevaba en arriendo, que fecundó con sudores tantos años, a la cual profesaba un cariño maquinal, absurdo. Cesó al fin de pegar; Ildara, aturdida de espanto, ya no chillaba siquiera.

Salió afuera, silenciosa, y en el regato próximo se lavó la sangre. Un diente bonito, juvenil, le quedó en la mano. Del ojo lastimado, no veía.

Como que el médico, consultado tarde y de mala gana, según es uso de labriegos, habló de un desprendimiento de la retina, cosa que no entendió la muchacha, pero que consistía... en quedarse tuerta.

Y nunca más el barco la recibió en sus concavidades para llevarla hacia nuevos horizontes de holganza y lujo. Los que allá vayan, han de ir sanos, válidos, y las mujeres, con sus ojos alumbrando y su dentadura completa...

Condesa de PARDO BAZAN.

Todas las fotografías de asuntos de actualidad que nos sean enviadas, serán publicadas, siempre que sean de interés general y artístico.